

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

DISENSIONES ENTRE EGIPTO Y LIBIA

A no ser porque la previsible dimisión del 37 presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, acaparaba el primer plano de la actualidad, hubiera provocado revuelo la carta que el 6 de agosto el presidente Sadat dirigió a la Junta Revolucionaria libia, conminándola a retirar al general Gaddafi de la actividad política y sacando a relucir la presencia en suelo egipcio de «Mirage» libios. Por lo pronto, se impone que el 14 de octubre de 1973 Israel no había denunciado esa cesión a humo de pajas, aunque no pudiera aportar pruebas incontrovertibles de lo que alegaba o no fuera de la conveniencia de París considerarlas incontrovertibles en plena crisis del petróleo. Nada cambió a la situación que en noviembre el propio Gaddafi diera a entender muy ufano que los tan traídos y llevados «Mirage» libios habían efectuado misiones al exterior. Las cuestiones energéticas eran factor dominante en las preocupaciones mundiales y más de la cuarta parte del petróleo importado por la CEE procede de Libia... Pero a estas alturas, la revelación del presidente Sadat podría ser embarazosa para París, si bien siempre le cabe argüir que fue Libia la que incumplió el compromiso de no vender ni ceder los «Mirage» a los países «del frente de combate» (Egipto, Jordania y Siria), como se acordó al firmarse en 1970 el contrato de venta de los 110 «Mirage».

En su día, la operación suscitó protestas y recriminaciones, siendo uno de los argumentos más utilizados, para anticipar que su destino final sería Egipto, que Libia no estaba en condiciones de disponer del plantel de pilotos muy capacitados que requieren esos aviones. Francia hizo oídos de mercader —nunca mejor dicho— y empezó a entregar los aviones vendidos, como los Estados Unidos, sin recatarse, entregan sus «Phantom» a Israel, limitándose a hacer hincapié en las cláusulas restrictivas del contrato de venta. Su incumplimiento, en definitiva, coloca a Libia en delicada postura frente

a Francia y, en cierto modo, le resta crédito al general Gaddafi, no sólo con relación a Francia, sino en Europa, por evidenciarse cuán arriesgado es suscribir acuerdos con él cuando actúa en nombre de su país.

De consiguiente y todo bien considerado, parece que la cuestión de los «Mirage» es sólo parte de la vasta maniobra que el presidente Sadat pretende llevar a cabo para aislar a Gaddafi dentro del mundo árabe. Porque el mundo árabe sólo puede calificar de «golpe bajo» asestado a los hermanos fronterizos con Israel, reclamar la devolución de los aviones en el pasado junio, cuando la Conferencia de Ginebra todavía no había dado los esperados frutos. Es decir, que el presidente Sadat maniobra para descartar del tablero árabe a Gaddafi, que estima ser un estorbo para los nuevos rumbos de la política egipcia, centrada en el marco del mundo árabe en el eje El Cairo-Riad. De otra parte, se evidencia que los recientes coqueteos de Libia con la URSS—hasta hace poco tan vilipendiada—irritan e intranquilizan a El Cairo y Riad, aunque objetivamente se imponga que la URSS es el clavo ardiendo al que ha de asirse Libia para no sumirse en el aislamiento y diferenciarse de ese Egipto con el que se empeñaba por unificarse hace poco más de un año. Las alteraciones de la política libia, dominada y no poco zarandeada por el general Gaddafi, muestran cuán acertada fue la prudente reserva del presidente Sadat para llevar a cabo esa unificación preñada de riesgos de todo orden, pese a indiscutibles ventajas, como lo ha sido posteriormente la reserva de Túnez, última carta que Libia podía jugar para dejar de ser un Ceresus enano en el Mediterráneo árabe.

Por lo demás, el *ultimátum* y denuncia de Egipto dice a las claras que ya no necesita la ayuda económica libia para seguir adelante. Aparte de la cordialidad que ha presidido la visita a París del ministro egipcio de Asuntos Exteriores y lo fructífero de las negociaciones de la Comisión franco-egipcia, es muy significativa la visita a El Cairo del rey Faisal de Arabia Saudita. Por lo pronto, ha concedido a Egipto 300 millones de dólares en concepto de ayuda financiera. De otra parte, el comunicado final menciona, entre otros acuerdos sustanciales, el establecimiento de compañías de reconstrucción e inversiones en Egipto. Es decir, que el presidente Sadat, siguiendo el sabio ejemplo de los simios, no ha soltado la rama libia antes de agarrarse a otra. Esta es tan fuerte que hasta permite ver de cortar la rama Gaddafi, que tiene visos de yesca susceptible de provocar incendios.

EL NUEVO VICEPRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Secreto a voces o noticia ya anticipada fue la designación por el presidente Ford de Nelson A. Rockefeller para la vicepresidencia de los Estados Unidos, que el Congreso ha ratificado el 20 de agosto. Con todo, ha originado comentarios y vaticinios, singularmente en lo que atañe a la posibilidad de que retoñaran las sucesivas y fallidas ambiciones presidenciales del nuevo vicepresidente. Aunque las abrigara, difícilmente pueden prosperar, una vez que Gerald Ford se ha declarado candidato presidencial a los pocos días de su acceso a la jefatura del Ejecutivo norteamericano.

Hasta época relativamente reciente despertaba escaso interés y curiosidad la figura un poco desvaída del vicepresidente de los Estados Unidos, al extremo de que sería precisa una pequeña labor de investigación histórica para exhumar del olvido a la mayoría de quienes ostentaron este cargo, equivalente en el ámbito norteamericano al de imaginaria en el Ejército. Sin duda, hasta la segunda guerra mundial la no dilatada historia de los Estados Unidos registra por seis veces la llegada al poder de vicepresidentes electos junto al presidente. Pero debido antaño a su aislamiento y a que sólo a partir de la primera guerra mundial los Estados Unidos han adquirido categoría de gran potencia económica y financiera, y, por ende, política y militar, los ascensos que se producían en el marco constitucional no implicaban repercusiones mundiales. La llegada al poder del desconocido Harry S. Truman en 1945, por fallecimiento del presidente Roosevelt, modificó aquella visión de sustituciones en el Ejecutivo. Acto seguido de su toma de posesión, el nuevo presidente se vio abocado a tomar decisiones trascendentales: una de ellas, la de que se arrojase la primera bomba atómica. El asesinato de John F. Kennedy, en 1963, y el pasado 8 de agosto la dimisión de Richard Nixon han puesto de manifiesto la importancia de una previsión institucional que hace entrar automáticamente en funciones a un nuevo presidente. Por tanto, el vicepresidente no es mera figura decorativa, sino pieza fundamental del mecanismo de la democracia norteamericana, y, más aún, del poder con proyección mundial de los Estados Unidos, extremos éstos que se diferencian, aunque la dialéctica pretenda confundirlos.

Porque, realmente, si bien con la tragicomedia de Watergate no ha sufrido directamente merma el gran poder militar, económico y político de los Estados Unidos, se impone cierta prudencia para afirmar que puede de-

cirse otro tanto de la democracia norteamericana. Por lo pronto, aunque avalado por el Congreso en cuanto vicepresidente, el presidente Ford ostenta su actual cargo por elección de su vilipendiado antecesor y en sustitución del electo y empapelado vicepresidente Spiro Agnew, cuya dimisión en el pasado diciembre presagió la de Richard Nixon. Es decir, que no fueron los mecanismos democráticos normales los que pusieron el pie en el estribo a Gerald Ford, que, a su vez, instala a Nelson A. Rockefeller en la vicepresidencia, por supuesto, previa consulta al Congreso, que está volviendo por sus fueros a galope tendido, lo que permite avizorar un nuevo estilo de gobierno y, posiblemente, nuevos rumbos de la nave norteamericana.

Ni un solo comentarista ha dejado de destacar que, por vez primera en la Historia de los Estados Unidos, ninguno de los dos supremos mandatarios ha sido elegido por el pueblo soberano. En una democracia con visos de ejemplar es hecho digno de reflexión, sobre todo cuando paralelamente se ha dicho a saciedad que la caída del presidente electo por la más amplia mayoría registrada en elecciones presidenciales era un triunfo rotundo de la democracia. Sin duda, se argüirá que el presidente Nixon había perdido la confianza del país y que su popularidad menguaba por días. Tal revelaban los sondeos de la opinión pública; pero el caso es que en la panoplia de la democracia norteamericana no figuran tales sondeos para consultar al país, si bien se evidencia que consultado según las normas constitucionales no anduvo muy acertado al elegir a un presidente tan implicado en uno de los mayores escándalos de la historia política norteamericana. De ahí las perplejidades que suscita calificar la dimisión de Richard Nixon de triunfo de la democracia. ¿No sería más exacto considerarla un *mea culpa* de la democracia?

Desde luego, en la denuncia del escándalo de Watergate, la prensa y, como eco fiel, los medios audiovisuales, han desempeñado papel tan importante que nadie vacila en darle categoría de cuarto poder. Pero asimismo suscita perplejidad el hecho de que descubiertos los «fontaneros» en plena campaña electoral, cuatro meses antes de que Richard Nixon resultara triunfalmente reelegido, el *Washington Post*, que dirige Mrs. Graham, hija de un financiero judío, sólo iniciara pesquisas y denuncias, que cuadruplicaron la tirada del diario, después del nuevo mandato. Ese aplazar la tenaz busca de la verdad hace que, a la postre, más allá del presidente legalmente elegido, de un Ejecutivo deshonorado, resulta puesta en solfa esa democracia que se pretendía limpiar de la horrible mácula. En todo caso,

la capacidad de decisión de Richard Nixon, asentada en un amplio consenso popular que, estimaba, le permitía relegar a un segundo término el Congreso dominado por los demócratas, no lo ostentará su sucesor en la presidencia ni, en el marco de la vicepresidencia, Nelson A. Rockefeller. Sus respectivas declaraciones son exponente del más estrecho margen de maniobra de que ambos disponen, lo cual no supone forzosamente mayor eficacia.

En todo caso, los últimos estertores de la presidencia de Nixon, coincidentes con la crisis de Chipre, corresponden a un síncope de la política exterior norteamericana, mediatizada por problemas internos, precisamente cuando parecía haberse impuesto de que relajamiento de la tensión con la URSS no equivalía a desarme precipitado y de que la seguridad de los Estados Unidos estaba vinculada a la seguridad de Europa. La permanencia de Henry Kissinger en la Secretaría de Estado se presenta como una garantía de que la acción internacional de los Estados Unidos seguirá por los mismos derroteros que anteriormente. Es no contar con la constante supervisión del Congreso. Por tanto, no sólo estrenan los Estados Unidos nuevos presidente y vicepresidente, sino nuevas normas de gobierno, más democráticas, ciertamente. Pero quién sabe si, como dijera en su día una aviesa británica, no resultará verdad que: «El despotismo somete una nación a un único tirano; la democracia a varios.» Cuando menos, la norteamericana.

LA DESCOLONIZACIÓN DE LOS TERRITORIOS AFRICANOS DE PORTUGAL

Consecuencia práctica del mensaje dirigido el 12 de agosto al presidente del Consejo de Seguridad por el ministro portugués de Asuntos Exteriores, Mario Soares, declarando la independencia de hecho de Guinea-Bissau, ha sido la firma en Argel, el 26 de agosto, del protocolo por el que Portugal reconoce *de iure* el alto el fuego y la transferencia de poderes a la nueva República, que será proclamada el 10 de septiembre.

Debido a la circunstancia de su escaso o nulo interés económico, a lo reducido de la población, tanto autóctona como portuguesa, y al hecho de que Portugal había de vérselas sólo con un partido, el Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde o PAIGC, Guinea-Bissau era la posesión ultramarina con la que más fácilmente podía soltar amarras. Por lo demás, a despecho de las negativas de Lisboa con anterioridad al golpe de Estado del 25 de abril, la presencia portuguesa resultaba muy limitada mente efectiva en ese territorio, en el que la guerrilla, en parte por la pa-

sividad de la población, se «movía como el pez en el agua». De hecho, las fuerzas armadas portuguesas sólo controlaban realmente los fortines que ocupaban, diseminados por todo el país y en situación de plaza sitiada o poco menos. Mientras, entre combatientes enfrentados, estaban las tribus, cuales fulas, manjacos y mandingas, en las que Portugal ha venido ejerciendo influencia, pero nunca tal que a la hora de la verdad, que fue la de la lucha por la independencia entablada por el PAIGC, éstas se pusieran claramente al lado de la metrópoli, salvo para suministrar efectivos destinados a los comandos negros y tropas africanas, que recuerdan a los *harkis* que Francia utilizó en su día en Argelia y cuya lamentable suerte es de esperar que los negociadores portugueses se hayan cuidado de evitar en el próximo futuro de la retirada total de fuerzas portuguesas de Guinea-Bissau. De no ser así, sería una deshonra más para el mundo occidental. Porque la retirada de Portugal, lógicamente, dejará el PAIGC a solas con sus responsabilidades, por supuesto, pero también con elementos tribales, algunos comprometidos con la antigua metrópoli, con masas amorfas de bajísimo nivel cultural y con un país cuya pobreza se impone evidente.

No son factores que faciliten la ingente tarea del partido que ha de entrenar la independencia de la República y que será tanto de orden administrativo como económico. Tranquilizador para el futuro del país podría ser el propósito de cooperación y amistad entre Guinea-Bissau y Portugal puesto de manifiesto en Argel. Pero este propósito, generoso y realista por ambas partes, quizá tropiece con la dificultad que supone la reconversión de una metrópoli en amiga de un país soberano, dominado hasta fecha reciente. El afán de «borrón y cuenta aparte» ha estado presente en todas las negociaciones de descolonización. Pero cualquiera que haya sido el país y el área descolonizada, el desarrollo de los acontecimientos ha mostrado el abismo que separa las intenciones iniciales y los hechos posteriores. Es experiencia que han hecho todos los países colonizadores, incluida España, tal vez con la casi única excepción de las relaciones existentes entre Costa de Marfil y Francia. Por ello, no puede darse por indudable que las relaciones futuras entre Guinea-Bissau y Portugal discurrirán por los raíles señalados en Argel, dado en particular que queda pendiente de referéndum una de las reivindicaciones de los nacionalistas guineanos: las islas de Cabo Verde.

En cambio, harto más delicada se presenta la concesión de independencia a Angola, tanto como empeñarse en mantener allí la presencia portuguesa. Por lo pronto, Lisboa tropieza de entrada con el problema de que

son tres los movimientos independentistas que pretenden llevar el gato al agua y con los que ha de dialogar: el FLNA, de Holden, que se autodefine «racista africano»; el MPLA, de Neto, con amagos de marxismo, y, finalmente, Unità, de Sawimbi, puesto en entredicho sin duda por su menor radicalismo y por no negarse a admitir la cooperación con los portugueses en la inicial andadura. Pero más allá de las luchas por hacerse con el poder en provecho del movimiento propio—luchas que no son sólo verbales, sino también sangrientas—, más allá de las discrepancias ideológicas, se traslucen realidades tribales, factor determinante de los máximos problemas del Africa negra, cualesquiera que sean las máscaras tras las que pretenden ocultarse.

Así el FLNA de Holden recluta sus huestes entre los Ba-kongos, que sueñan más con un Estado Ba-kongo que con una Angola independiente. A este sueño se opone el Angola plurirracial del MPLA, que integró a numerosos mestizos temerosos de un predominio racial negro, que, sea dicho de paso, nada tiene que envidiar al más obtuso racismo blanco. En lo que respecta a Unità, el más débil de los tres movimientos, agrupa a elementos de pequeñas tribus asustadas por la fuerza de los Ba-kongos. Por si fuera poco, a estas rivalidades se superponen las rivalidades propias de los respectivos apoyos africanos con que cuentan los tres movimientos. En efecto, mientras el MPLA se amamanta a los pechos de un Congo-Brazzaville «progresista», el FLNA cuenta con la amistad del Zaire. Conocida la tensión y odios existentes entre aquellos dos países, cabe temer que la batalla por el poder en Angola provoque choques en toda el área, implicando incluso a Zambia, que reparte su apoyo entre el MPLA y Unità.

En cuanto a Mozambique, donde está en marcha la organización de un movimiento de resistencia blanca, o sea una especie de OAS portuguesa, que en defensa propia bien podrían apoyar Africa del Sur y Rhodesia, sólo existe teóricamente en ese rico territorio un solo partido independentista, el FRELIMO, que dirige Samora Machel, resultante de la fusión de tres organizaciones que, en su batallar en orden disperso, no consiguieron grandes éxitos. Pero soldados el Mano, Unedamo y Unamo hace una década, el poder al alcance de las manos parece provoca tensiones en el seno del FRELIMO, de las que es exponente la escisión provocada en tiempos por el cabecilla de la derecha de esa organización, Simango, que recientemente ha creado la Coalición Nacional de Mozambique, que se opone al partido mayoritario. Es decir, que en vísperas de la independencia se atisba en el ho-

rizonte mozambiqueño una eventual lucha entre fuerzas rivales, intereses contrapuestos e influencias foráneas también contrapuestas.

Sin pecar de pesimismo, simplemente ateniéndose a las lecciones de los hechos derivados de las descolonizaciones, es de temer que la independencia de los territorios africanos de Portugal dé pie no sólo a una etapa de previsible e inevitables dificultades internas en los nuevos países, sino de tensiones, choques y luchas, es decir, a una «congolización» con implicaciones exteriores. No cabría mayor alegría intelectual y sentimental que equivocarse de todas todas en este caso.

SIKKIM Y LAS TENSIONES FRONTERIZAS CHINO-INDIAS

No por estar los occidentales absortos en la consideración de los graves problemas que afectan a sus economías en peligro de zozobrar, dejan de producirse en otras áreas acontecimientos que son elementos, aunque discretos, de eventuales conflictos con incidencia en la política mundial que comprende todos los continentes. Y, entre éstos, Asia tiene singular importancia por estar allí situado el centro de gravedad de la rivalidad y pugna entre la República Popular China y la URSS.

El comentario viene a cuento de la decisión adoptada a primeros de septiembre por el Parlamento de Sikkim de pasar de la situación de protectorado de la Unión India, existente desde 1950 y tomando el relevo de Gran Bretaña, a la de Estado asociado. Carecería de relevancia el *status* jurídico de un país que no suma siquiera 200.000 habitantes y que está muy a trasmano de Europa, en la parte oriental del lejano Himalaya, entre Nepal y Bután, si China Popular no se hubiera apresurado a calificar de «acto agresivo de anexión» la adopción por la Cámara Baja del Parlamento indio de un proyecto de ley tendente a ratificar la decisión de Sikkim.

De hecho, a los chinos no les ha podido coger de sorpresa lo sucedido en ese pequeño país fronterizo, de gran importancia estratégica y susceptible de neutralizar los efectos sosegadores de sus buenas relaciones con Nepal y, asimismo, con Bután. En efecto, en ese ínfimo Estado autocrático, se produjeron el año pasado disturbios y revueltas orientadas a conseguir la implantación de una monarquía constitucional. La Unión India, que previamente había enredado lo suyo, terció en el pleito entre el rey o *chogyal* Palden Thondup Namgyal y su alborotado pueblo, culminando su mediación en el acuerdo de 18 de mayo de 1973, que decidía la democratización

de Sikkim. Consecuencia de tal acuerdo fueron las elecciones del pasado 22 de abril. De entrada, el sufragio universal entrañaba un riesgo inevitable para la situación de protectorado de Sikkim, por cuanto la comunidad de origen nepalí afincada en el país es ampliamente mayoritaria... y proindia. Poco podían hacer frente a ella los minoritarios lepchobutos. Los resultados electorales no podían por menos que poner a Sikkim en el disparadero de su asociación con la Unión India: el Partido del Congreso, expresión política de la comunidad mayoritaria y calco del Partido del Congreso indio, consiguió 30 de los 32 escaños de la Asamblea nacional. Es decir que el tren democrático lleva al país hacia un destino que tal vez no sea de todo reposo.

Ciertamente, protectorado o Estado asociado, de por sí, Sikkim no puede constituir una preocupación para el mundo, pero es un factor más de tensión entre China Popular y la Unión India, por derivarse de la nueva situación una extensión de la influencia de Nueva Delhi en el Himalaya. Y como detrás de la Unión India se perfila la sombra de la URSS, cabe deducir que esta jugada en su frontera suscita ira y temor en Pekín. En todo caso, ha dado al traste con las esperanzas que suscitaba la simpatía del rey de Sikkim por su vecina China, eventual punto de apoyo para sus ínfulas independentistas, o sea, su deseo de desasirse del protectorado indio y obtener, cuando menos, una autonomía similar a la de Bután.

De ahí que el 7 de septiembre, coincidiendo con la buena acogida dispensada por la Unión India a la petición de asociación de la Asamblea de Sikkim, el rey Palden Thondup Namgyal hiciera presente su disconformidad y oposición. Su protesta—nada democrática argüirán los partidarios de la asociación—no provocará revuelo en su país, ni de momento fuera de su país, aunque es de presumir que Pekín la airará ampliamente calificando de atropello la acción parlamentaria. Pero la intemperancia verbal de China, es bien sabido, se compagina perfectamente con una extrema prudencia y cautela en los hechos que, en el caso concreto de la Unión India no fue obstáculo para el conflicto de 1959 y la ofensiva de 1962 contra la línea MacMahon y Cachemira. Es decir, que la nueva situación de Sikkim, que apunta a una consolidación del sistema defensivo antichino, de ser estimada por China Popular un paso más hacia un sistema ofensivo o, por Unión India interpuesta, un apretar el cerco que la URSS se afana en ponerle, y que la tiene obsesionada, tal vez el diminuto y casi ignoto reino del Himalaya podría saltar a la actualidad candente. Porque junto al aspecto

defensivo-ofensivo de la cuestión, sigue en pie el propósito de Nueva Delhi de mantener —y eventualmente ampliar— los límites geográficos de la Unión India heredados de Gran Bretaña, como también sigue en pie la voluntad de Pekín de restablecer los límites de un territorio mermado en tiempos de la debilidad y decadencia de China. Pero cualquiera que sea el sesgo que tomen las relaciones entre Nueva Delhi y Pekín, incluyendo un deshielo que desemboque en negociaciones fronterizas serias, es evidente que la carta de Sikkim es un triunfo en manos de la Unión India.

LA AUTODETERMINACIÓN DEL SAHARA

Con la comunicación que el 21 de agosto el representante permanente de España en la ONU dirigió a su secretario general, para informarle de la decisión del Gobierno de Madrid de celebrar referéndum en el Sahara en los primeros meses de 1975, se levantó el telón sobre ese escenario. Se iluminó con las precisiones facilitadas por la Dirección General de Promoción del Sahara el 6 de septiembre. Las intenciones de España quedaban clarísimas: lisa y llanamente, aplicar la resolución 3.162 de la XXVIII Asamblea de las Naciones Unidas de 14 de diciembre de 1973. Dicho en otros términos: España adoptaba las medidas oportunas para que los autóctonos del Sahara decidieran el futuro de su territorio, o sea, se autodeterminaran, extremo este al que jamás se ha negado. Ante tan sencilla situación y tal inexistencia de problemas, admira que se hayan podido crear confusiones y tensiones entre bastidores, lo que no equivale a calladamente. En efecto, con generoso descuido de los propios problemas, en mayor o menor medida, los tres países fronterizos —Marruecos, Argelia y Mauritania— han multiplicado las manifestaciones de su «preocupación» por la descolonización de su vecino. Corresponde a Marruecos la más destacada diligencia por «liberar» al Sahara, es decir, para incluirlo en su territorio. Fue «preocupación» que sumió en el olvido sus réivindicaciones y protestas al proclamarse en 1960 la independencia de Mauritania que, por lo visto, también era parte de Marruecos. En aquel entonces, alegó «derechos históricos» sobre aquel país, calificado de creación artificial de Francia al convertirse en República Islámica de Mauritania. De hecho, a no ser por la protección de la antigua metrópoli y sobre todo por la presencia militar española en el Sahara, puede darse por sentado que ese vasto país de más de un millón de kilómetros cuadrados y escasamente poblado (1.200.000 habitantes) hubiera su-

frido la acometida de Marruecos, posiblemente más afortunado en esa ocasión que cuando arremetió contra la recién independizada Argelia, clavando los ojos en Tinduf.

Tales antecedentes explican lo tenso de las relaciones entre Rabat y Nuachkott, de una parte, y de otra, entre Rabat y Argel. La conferencia argelo-marroquí de Tremecén, en mayo de 1970, y la de Nuadhibu, en septiembre del mismo año, imprimieron un giro de 180 grados en las relaciones entre los tres preocupados países fronterizos del Sahara, por haberse llegado a un «acuerdo» sobre su futuro, cual si tal futuro fuera cuestión de la competencia de los vecinos y no de los autóctonos. El comunicado final de esa conferencia dijo que marroquíes, argelinos y mauritanos habían «decidido intensificar su colaboración para llegar a la descolonización del Sahara español *conforme a las resoluciones de la ONU*».

Nada cabe objetar en serio a ese celo de los vecinos del Sahara, salvo que comentarios oficiosos marroquíes, estruendosas campañas de prensa y radio y algún escarceo subversivo sugirieron que el objetivo perseguido por Rabat en su reconciliación con Argelia y Mauritania era «manos libres en el Sahara», con todo lo que implica esa libertad y todo lo que puede reportar en orden a ambiciones expansionistas. En cambio, Mauritania no ha cesado de atenerse al «logro de la independencia del Sahara», país que constituye una barrera protectora entre su debilidad y los apetitos marroquíes, aguzados por la riqueza en fosfatos del Sahara, que puede convertirse en una nueva Libia.

Semejante posibilidad explica—y justifica desde el subjetivo punto de vista marroquí—la ofensiva diplomática y de los medios informativos para que el Sahara se integre en su territorio, o sea, se «descolonicé» «marroquinizándose». Es solución que no pasa por el camino del referéndum. Luego el objetivo primero es torpedear el referéndum, una vez que la táctica del hostigamiento y contactos esporádicos en puestos fronterizos fracasó y no cabía considerar un enfrentamiento militar entre Marruecos y España, entre otros motivos porque el Ejército español presente en el Sahara está en condiciones de darle un gran disgusto al Ejército marroquí, singularmente diezmado en sus mandos por las ejecuciones y depuraciones dispuestas por Hassan II para salvar el trono. Desechada la aceptación del referéndum, caso de desembocar en la independencia del Sahara, descartada la intervención militar, que podría poner a Hassan II a la cuarta pregunta, aceptado el referéndum por Mauritania, cuando España anunció su celebración, que

Argelia acogió complacida, ¿qué quedaba de los acuerdos de colaboración tripartita de Nuadhibu? Muy poco, de tomarse en cuenta que el 9 de agosto Argelia se había manifestado en favor de la «justa causa de la liberación del territorio árabe bajo dominación española», a un tiempo que apoyaba el movimiento Morehob, independentista, pero rabiosamente opuesto a Marruecos y más aún a Hassan II. En cuanto a Mauritania, la visita que a primeros de agosto hizo su presidente Uld Daddah a Rabat, no pareció poner término a las reivindicaciones mauritanas sobre el antiguo Río de Oro. Ante el litigio intermagrebí sin resolver, no había otra solución, para no confesarse claramente candidato a la anexión, que salir por la tangente. Y por la tangente se salió Hassan II en su discurso del 17 de septiembre. No otra cosa es la peregrina fórmula de pedir el arbitraje del Tribunal de La Haya, que no es competente en materia de descolonización, que corresponde al Comité de los XXIV.

Por tanto, no parece que tenga visos de prosperar la pretensión marroquí de evitar el próximo referéndum, que le será desfavorable, y que en su día aceptó y suscribió. Pero ese no recatar ansias anexionistas, incrementadas indudablemente por los fosfatos de Bucraa, ese tergiversar una situación y una solución que la propia ONU ha preconizado, hace nacer la sospecha de que tal vez Marruecos cuente con discretos apoyos, con algún apuntador nada desinteresado—¡fosfatos a la vista!—del papel que desempeña. No se trata de los «hinchas» o quisquillosos recién independizados que se crecen a sus ojos hostigando viejas naciones. La hipótesis de un respaldo para Marruecos más bien evoca a un grande—o que se estima grande—que azuza ambiciones nacionales marroquíes, pensando que siempre será posible recortarlas en caso de éxito de la maniobra consistente en utilizar un peón de brega que trabaje en su provecho. El terrible dicho castellano de «piensa mal y acertarás», quizá sea muy aplicable al caso. La contradictoria, balbuceante e incoherente postura de Mauritania en la XXIX Asamblea de la ONU incita a formularse preguntas. ¿Cómo se compagina el discurso de su representante en esa Asamblea con lo declarado al secretario general a raíz de la comunicación española del 21 de agosto? ¿No cabe que el interés nacional mauritano haya de ceder ante la presión de intereses más poderosos? De ahí que flote en un mar de contradicciones.

REVOLUCIÓN A LA CHITA CALLANDO EN ETIOPÍA

En su obra *Técnica del golpe de Estado*, Curzio Malaparte no contempló —ni acaso previó— la muy astuta, paciente y eficaz modalidad puesta por obra en Etiopía por la Junta Militar que desde el pasado 26 de febrero, fecha de la sublevación en Asmara de la II División, ha venido dominando la vida política de ese país. En realidad, derrocar a un rey o un presidente o dar al traste con un régimen en una rápida acción promovida por el ejército y más o menos sangrienta, no es hecho insólito, sino harto frecuente. Basta limitarse al continente africano para que se imponga lo exacto de la aseveración. Lo inaudito y singular, en el más amplio sentido de la palabra, ha sido la técnica del golpe de Estado que han utilizado los militares etíopes. Les ha permitido lograr dos objetivos, ambos difíciles, y ello sin que haya corrido sangre. El primero era destronar al viejo «León de Judá», sin que se produjeran reacciones; el segundo, destronarlo sin que apareciera como víctima merecedora de simpatía y compasión, es decir, acabando con el mito que constituía en la propia Etiopía y también en el exterior, donde gozaba de prestigio y consideración. Que Haile Selassie fuera un mito, un ser poco menos que sacrosanto para el pueblo etíope, sistemáticamente sumido en la ignorancia, parece lógico. No lo era tanto, incluso es triste y bochornoso, que países desarrollados, que se jactan de estar bien informados, hayan contribuido a mantenerlo vigente. Bien es verdad que desde 1934, Haile Selassie aparecía como paradigma de las tropelías del fascismo. Era razón suficiente para dar por sentado su gran sentido democrático, digno de respeto y tácita aprobación. Por tanto, para alcanzar su propósito tomando en cuenta dos frentes—el interior y el exterior—, la Junta militar ha tenido que hacer acopio de prudencia y cautela.

Cuando menos de momento, la Junta militar ha conseguido poner término a la descarada actividad y abusos de los señores feudales etíopes, especie de guardia pretoriana imperial, primer paso para imponer reformas socioeconómicas y poner en hora el reloj político de Etiopía. Es decir, sacar a ese país de su miseria y atraso, de los que Addis-Abeba, con sus ínfulas de capital moderna, da una falseada idea que lleva a olvidar la situación de las masas rurales y el hambre que, debido a la sequía, devasta desde años algunas provincias, en particular la de Wollo.

Es abrumadora la tarea que aguarda a la Junta o Comité militar o al Gobierno que haya de regir el destino de Etiopía, con o sin rey, porque

no se dilucida si el valetudinario Asfa Wossen, que se encuentra en Suiza, regresará o no a Addis-Abeba. La morosidad de la Junta militar para invitarle oficialmente a ocupar el trono hace sospechar una nueva maniobra llevada con «tempo lento» para poner punto final al régimen imperial. En todo caso, los nuevos gobernante etíopes no podrán limitarse a limpiar de corrupción esos establos de Augías que eran los aledaños del poder imperial y el propio poder imperial. Será preciso imponer reformas en hondura, desmontar un mecanismo y montar otro, impulsando a un tiempo el desarrollo de un país pobre y, por remate, empobrecido por la mala administración y la sequía y cuyas masas, por lo menos subalimentadas, pueden oscilar entre la abrumada pasividad y la furiosa protesta, como aquella del pasado 22 de febrero que fue el detonador de la bomba militar.

Es de presumir que no le faltarán ayudas al general Aman Michael Andom, «hombre fuerte», que permaneció en la sombra del Comité militar hasta que el 12 de septiembre se dio a conocer el destronamiento y detención de Haile Selassie, reducido a tamaño de codicioso tiranuelo. Esas ayudas no se deberán a semejante destronamiento y desmitificación, sino a algo tan ajeno a los vaivenes de la política interior, como es la situación geográfica de Etiopía con relación al estrecho de Bab-el-Mandeb y la orilla sur del mar Rojo, que volverán a corto plazo a tener singular importancia en razón de la reapertura del canal de Suez. Es situación geográfica que interesa por igual a Estados Unidos y la URSS, motivo por el que puede estimarse que la nueva Etiopía se declarará oficialmente neutral, lo que permite sacar provecho de todos. Era, en cierto modo, la política de Haile Selassie, huésped bien acogido en Washington y en Moscú, a despecho de una discreta base norteamericana en la costa de Eritrea, que no estorbaba al Negus para proclamar sin empacho el no alineamiento de su país y, de otra parte, ser en el seno de la OUA implacable censor del colonialismo que practicaba a mansalva con su propio pueblo.

Pero la otra cara de esta situación geográfica, generadora de ayudas foráneas a nivel gubernamental—en particular norteamericana—, son los dos graves problemas internos que tiene Etiopía, ambos de raíz geográfica. Trátase de las reivindicaciones territoriales de Somalia, balcón sobre el golfo de Adén y el Océano Indico. Incluso con las armas en la mano, ha reclamado en una ocasión la provincia etíope del Ogaden, esa Somalia que apoya Yemen del Sur, a su vez generosamente alimentado por los soviéticos con material bélico. Por tanto, no es descabellado imaginar que la situación ac-

tual etíope, forzosamente de debilidad y desbarajuste, incite a los somalíes a picotear a su vecina, ni que Eritrea—donde nació el general Andom—acentúe la lucha por obtener la independencia; esa antigua colonia italiana, que en 1952, quieras que no, quedó unida a Etiopía por una decisión de la ONU, en tantos otros casos celosa impulsora de independencias que, por cierto, también reclama la actual provincia etíope de Tigre.

Nada permite suponer que frente a las reivindicaciones somalíes y pruritos de independencia de regiones consideradas etíopes, el general Andom se mostrará más dispuesto a ceder o conceder que el «León de Judá», singularmente en lo que a Eritrea atañe, por cuanto ha sido uno de los militares que con más energía y competencia han luchado contra la guerrilla que pulula en esa conflictiva provincia. El hecho de que el levantamiento militar, que apunta a renovar a Etiopía, se originara en Asmara confiere a Eritrea un carácter simbólico que dudosamente favorece la comprensión del movimiento independentista, aportación nada desdeñable a la actividad de la URSS en esas áreas. La situación geográfica de Eritrea es tentación que difícilmente resista el que pretenda alzarse con el santo y la limosna, o sea, dominar en una orilla del mar Rojo.

EL PESO DE LA GLORIA O LA CAÍDA DE BULENT ECEVIT

Los 184 escaños, en una Asamblea de 450 diputados, que fueron los conseguidos por el Partido Republicano del Pueblo en las elecciones del 14 de octubre de 1973, impusieron a su presidente, el joven social-demócrata o «progresista» Bulent Ecevit, la ineludible obligación de contar con alguno de los restantes partidos políticos—ninguno de la izquierda—para formar gobierno. No dejó de ser sorprendente que el gobierno de «unión nacional» se constituyera con la aportación del Partido de Salvación Nacional, nueva apelación del partido derechista y conservador, Orden Nacional, disuelto en 1971. En efecto, existían notables discrepancias entre los dos partidos llamados a gobernar. Así, Salvación Nacional destacaba por su tendencia religiosa pro islámica, opuesta al laicismo militante y en ocasiones chirriante que ha caracterizado el Partido Republicano del Pueblo fundado por Ataturk. Por consiguiente, podía augurarse que no todo iban a ser bienandanzas para el equipo encabezado por Bulent Ecevit, que flanqueaba Necmetin Erbakan, presidente de Salvación Nacional, en calidad de viceprimer ministro y siete ministros de ese grupo político. Se unían el fuego y el agua para gobernar

a Turquía, relevando a Nihat Erim, atascado en las reformas que el Ejército preconiza desde 1961, pero que no han cesado de estrellarse en la oposición parlamentaria.

De entrada, se evidenció lo difícil de un acuerdo en el gobierno de «unión nacional» en materia de enseñanza, industrialización, inversiones y, por supuesto, de reformas sociales. De ahí, los contados pasos dados por Turquía desde octubre de 1973 en el camino de su desarrollo. Sin embargo, divergencias y tirantezas desaparecieron como por ensalmo al surgir en el horizonte político la nueva modalidad del problema chipriota: el golpe de Estado de Nicos Sampson del pasado 15 de julio. Porque si hay una cuestión que sea común denominador de todos los partidos turcos, es Chipre, que, además, enardece y aúna a todos los sectores del pueblo turco. La existencia en Chipre de una minoría turca no explica por sí sola esta reacción patriótica y pasional. También la había en Bulgaria. Expulsada poco menos que *manu militari* a principios de los años cincuenta, no provocó reacciones desorbitadas en Turquía, fronteriza con Bulgaria, lo que no es el caso de Chipre. Solo un psicoanálisis del nacionalismo turco permitiría develar el secreto de esas posturas dispares.

Como sea, la intervención de Turquía en Chipre del 20 de julio se efectuó en un entusiasta codo a codo entre Bulent Ecevit y Necmetin Erbakan. Mas pasadas las mieles de la victoria, vinieron las hieles de la cosecha de laureles. Convertido Bulent Ecevit en héroe nacional, Necmetin Erbakan se afaná por no ser menos héroe que el primer ministro. Y empezó a desplegar intensa actividad verbal para sacar todo el provecho posible de una gloria que, en última instancia, favorecería al Partido Republicano del Pueblo. A este respecto, fueron cuando menos imprudentes sus reiteradas manifestaciones en favor de una República turca en Chipre, fórmula que difería de la sustentada por el gobierno, que aboga en Chipre por una República federal independiente.

La tensión en el seno del gobierno de coalición llegó al máximo en la primera decena de septiembre, al negarse Erbakan y los ministros de Salvación Nacional a que Bulent Ecevit se trasladara a los países escandinavos, viaje a todas luces susceptible de aplazarse. Pero Ecevit se empeñó tanto más en hacerlo cuanto que podía llevar a su punto álgido la crisis latente que desde hacía meses existía en el gobierno. A renglón seguido, el primer ministro comunicó al Comité Ejecutivo del Partido Republicano del Pueblo su decisión de dimitir, que fue aprobada. Y el 16 de septiembre, Bulent

Ecevit presentaba su dimisión al presidente Fahri Koruturk que, el 20, le encargó de formar nuevo gobierno. Era lógico. Aparte de la popularidad que ha adquirido Bulent Ecevit, era de presumir que contaba con el apoyo del Ejército que, por fin, ha visto triunfar su tesis de intervención armada en Chipre, frustrada por dos veces, en 1964 y 1967, debido a la postura adoptada por el gobierno.

Pero ¿a qué formación política apelará el presidente del Partido Republicano del Pueblo, que no puede gobernar a solas dada la composición actual de la Asamblea, sin cuya venia el gobierno no puede actuar? No le facilita la tarea de formar gobierno la aureola conseguida con la guerra de Chipre. Antes bien, fomenta los recelos que los objetivos perseguidos por el joven social-demócrata suscita en los demás partidos que, todos unidos, pueden impedir que aplique su programa de grandes reformas en el país y, de otra parte, se oponen a la celebración anticipada de elecciones, que los dejaría seguramente maltrechos, debido a la nueva popularidad del Partido Republicano del Pueblo.

Otra dificultad apunta en el camino difícil del nuevo gobierno turco, de Bulent Ecevit o de quien lo releve si fracasa. En efecto, última manifestación de la incoherente política norteamericana en lo que a Chipre, Turquía y Grecia respecta, por 64 votos a favor y 27 en contra, el Senado ha suspendido el 20 de septiembre la ayuda militar a ese país por haber invadido a Chipre con armamentos proporcionados por los Estados Unidos. Hasta esa fecha, el Senado no había dado señales de haberse percatado de esa evidencia. Sin embargo, alguna duda cabe sobre la efectividad de esa «medida fuerte adoptada por un débil». Porque el débil o debilitado es el mundo occidental, del que los Estados Unidos y su Senado son parte integrante, en razón de la brecha abierta en el flanco mediterráneo de la OTAN por la retirada de Grecia. Es extremo del que ha tomado conciencia el Departamento de Defensa que el 11 de septiembre había firmado con la Corporation McDonnell-McDouglas un contrato por un total de 225,8 millones de dólares para la fabricación de aviones «F-4E», en parte destinados a Turquía. Por ello, según el ministro de Finanzas—dimitido—Deniz Baykal, Turquía no está preocupada por la decisión senatorial. Es más, con alguna impertinencia, ha asegurado que «Turquía podrá disponer de otras fuentes de aprovisionamiento de armas», velada alusión a que un alejamiento de la OTAN no es eventualidad que pueda excluirse. Las anteriores crisis greco-turcas provocaron un acercamiento turco-soviético. A pesar de las apa-

riencias, la última, todavía sin resolver, no ha modificado radicalmente las relaciones entre Ankara y Moscú que, de hecho, está a la expectativa para jugar, bien la carta griega, bien la carta turca, aunque, realmente, ésta sea la preferida por motivos geoestratégicos. Por lo pronto, Moscú no ha declarado su oposición a la fórmula de una república federal en Chipre... que es la tesis de Ankara.

NUEVA PERIPECIA EN PORTUGAL

Aunque sólo fuera por razones de vecindad, cuanto acaece en Portugal suscita interés en España. De ahí que los medios informativos españoles hayan facilitado abundantes comentarios y noticias sobre los acontecimientos allí registrados desde el 25 de abril, fecha en que la nave portuguesa se hizo a toda marcha al mar de la democracia, llevando en la tripulación al partido comunista. La nueva singladura fue acogida con euforia de día de boda, día plagado de incógnitas que el tiempo despeja y, en múltiples ocasiones, no para regocijo, lo que pone en solfa el júbilo inicial. Algo de esto está sucediendo en Portugal, país del que poco puede decirse que no se haya dicho, en particular desde el 28 de septiembre en que, cambiando de rumbo, viró hacia la izquierda, contrariamente al propósito perseguido por el general Spínola, al impulsar en su discurso del 10 de septiembre una manifestación masiva de la llamada «mayoría silenciosa». De hecho, ésta englobaba tanto a los auténticos «silenciosos» por pasividad como a los deseosos de cambios dentro del orden y a los no enemigos acérrimos del régimen salazarista. Es de presumir que esta categoría no es tan exigua como pareció al principio, en la algarada de canciones y proclamas, que tantas bienandanzas parecían asegurar.

Es obvio destacar la importancia del golletazo impuesto a la manifestación no izquierdista anunciada para el 28 de septiembre y prohibida a última hora, junto con la prohibición de que se publicaran diarios y la orden de que enmudecieran las radios. Es innecesario también volver sobre la importancia de las detenciones llevadas a cabo al socaire de la frustrada manifestación. Se trataba, naturalmente, de personalidades representativas de «los medios más reaccionarios», según comunicado del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Porque si en medicina es buena señal que el paciente reaccione, para determinadas orientaciones políticas reaccionar es la abominación de la desolación, aunque entre esos «reaccionarios» figuren personas

que, sin ser parte de la oposición, llegaron a disentir de la línea política salazarista. Tal es el caso de Adriano Moreira. Ello lleva a la conclusión de una eliminación preelectoral de no adictos a las izquierdas, lo que no implica forzosamente ser partidario del régimen anterior. Pero no se evidencia que la revolución portuguesa pierda tiempo en tan sutiles distingos. Lo que sí se evidencia es que no pierde oportunidad para neutralizar a elementos anticomunistas, por muy sinceramente demócratas que sean. No otra significación tiene la dimisión el 30 de septiembre del general Spínola en la Jefatura del Estado, lo que, por supuesto, no pretende decir que el general Costa Gomes sea comunista, ni mucho menos. De él se sabe que es más propenso a la componenda y más dúctil—se dice, más hábil—que su antecesor. Por consiguiente, su presencia en la Jefatura del Estado—que es un poco ser mascarón de proa—no permite descartar *a priori* que no se siga cerniendo en Portugal hasta dejar limpia la harina comunista de todo salvado no comunista, por mucho que se proclame de izquierda. Es más, puede estimarse que esta operación ulterior podría tener el antecedente de una especie de Frente Popular o agrupación de todas las formaciones de izquierda, con fines electorales. A la postre, sería el PCP el que llevaría la voz cantante, por cuanto es el partido portugués mejor organizado, más coherente y disciplinado, como ya se ha visto, y que no ha cesado de estar presente y actuante en Portugal, a despecho de la clandestinidad y la vigilancia de la PIDE. Por cierto, no se tiene la menor noticia de organización de tipo «fascista» que esté desplegando semejante actividad en algún país de régimen comunista. Es extremo que debería llevar a los demócratas de buena fe a quitarle algún grado a la antipatía visceral que les producía el régimen caído, que ojalá hubiera encarrilado al país hacia una verdadera democracia y no hacia algo que bien pudiera ser «distintos perros con el mismo collar».

En todo caso, cualquiera que sea más adelante la opción de Portugal—democracia a lo occidental o democracia en su versión marxista—, las incertidumbres presentes gravitan de modo negativo sobre su inmediato futuro. No solo de flores, canciones, discursos y promesas vive un pueblo. Por ello, lozanos todavía los famosos claveles en los fusiles, Mario Soares, flamante ministro de Asuntos Exteriores que tiene amplia y merecida audiencia en el mundo occidental, emprendió un periplo en afanosa búsqueda de ayudas foráneas, sobre todo económicas. Lo hizo en perjuicio de la puesta a punto y organización del partido socialista que preside; y cabe lamentarlo.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

Por doquier, la acogida a sus peticiones fue efusiva, alentadora. Todos a la una prometieron ayudas, inversiones, créditos, puertas abiertas y cuanto precisaba Portugal para salir del bache de su atraso industrial, su crisis económica y sus problemas sociales. Pero, a estas alturas, dado el sesgo que toman los acontecimientos, ¿se cumplirán esas promesas, se harán efectivos esos ofrecimientos, se volcarán los países de la CEE y los que no son de la CEE para sacar a ese país de un atascadero económico en que lo hunde cada día más la política emprendida?

Es este el resultado inmediato y más dramático que puede provocar el que Portugal haya virado a babor el 28 de septiembre, si bien a babor está la URSS y los países del Este.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA